

**Gran Almacén y Depósito Universal de  
Música, Pianos e Instrumentos de todas clases**

Pianos Ortiz & Cusso premios con los más altos  
tas Exposiciones han sido presentados.

Pianos "Gaveau" — Görs & Kallmann  
y otras sorprendentes marcas.

Armoniums de las mejores marcas para iglesias, capi-  
llas y comunidades.

**CASA ERVITI, Editor de Música. San Martín, 28.—SAN SEBASTIAN**  
FUNDADA EN 1875. (Frente a la iglesia del Buen Pastor)

**Agencia General en Guipúzcoa de  
THE AEOLIAN COMPANY**

PIANOLAS AEOLIAN

PIANOLA metrotípico modelo X.

PIANOLA TEMODIST.—PIANOLA-PIANO.

ROLLOS. Extenso repertorio.

Nada más agradable que poseer este maravilloso instrumento, el cual permite a todo el mundo escuchar de una manera artística cualquier obra que se desee.

GRATIS.—AUDICIONES A TODAS HORAS

TELÉFONO NÚM. 325.

**CASA EDITORIAL SOPENA**

Provenza, núm. 85. BARCELONA Apartado de Correos, 178

**Biblioteca de Grandes Novelas**

Tamaño de estos tomos 240 × 162 milímetros

La mayor parte de estos tomos tienen de 50.000 a 75.000 líneas, y de 2.000.000 a 3.000.000 de letras. Algunos tomos de nuestra Biblioteca tienen más de 3.000.000 de letras.

El costo de nuestros libros es de gran solidez. Todos nuestros libros están cosidos a telgopor, por cuya razón resulta nuestra encuadernación en rústica tan fuerte y duradera como la encuadernación en tela.

La mayor parte de los tomos de nuestra Biblioteca se han vendido hasta ahora de 3 a 15 pesetas. Nosotros daremos las obras integras impresa con tipo perfectamente legible y primorosamente ilustradas, por

1 peseta rústica. 2 pesetas encuadernada en tela

Tomes publicados de la Biblioteca de Grandes Novelas

EUGENIO SUE

Los Misterios de París, (dos tomos). El Pueblo Espiritual, (un tomo). Los Hijos del Pueblo, (dos tomos). Los Siete Pecados Capitales, (dos tomos). Martín el Explorador, (un tomo). Juan Cavalier, (un tomo). Matilde, (un tomo). Paula Monti y El Marqués de Lectorio, (un tomo).

ALEJANDRO DUMAS

Los Milagros de París, (dos tomos). Los Tres Mosqueteros, (un tomo). Veinte Años Despues, (un tomo). El Visir de Bragelonne, (dos tomos). Miserables o La Vida de... (dos tomos). El Cola de la Helina, (un tomo). Angel Pitol, (un tomo). La Condessa de Charny, (dos tomos). La China Merle, (un tomo). La Dame de Montrésor, (dos tomos). Los Charantes y Cisco, (un tomo). El Paje del Duque de Saboya, (un tomo).

PAUL FEVAL

El Hijo del Diablo, (un tomo). Los Amores de París, (un tomo). Las Hijas de la Luna, (un tomo). El Jorobado, (un tomo).

PONTE DEL TERRAL

Hacienda de Ronda, (dos tomos). Mercaderes de Roquembole, (dos tomos). Ultima Palabra de Roquembole, (dos tomos). Las Miserias de Londres, (un tomo). La Soga del Ahorcado, (un tomo).

XAVIER DE MONTEPIN

Los Misterios de la India, (un tomo). El Bigamo, (un tomo).

Estas obras, que se venden en Francia a 3,50 y 7 francos, podrán adquirirse en España, integras, por el precio excepcional de UNA peseta rústica y DOS pesetas encuadernadas en tela. Aparecerán dos obras mensualmente. Pedid nuestros tomos de la «Biblioteca de Grandes Novelas» en todas las librerías, centros de suscripciones y kioscos de periódicos. Pidiendo más de 10 tomos directamente a la Casa Sopena, Provenza, 83, Barcelona, y remitiéndoles el importe en cualquier forma reembolsable, envíaremos los libros franco correo a cualquier punto de España.

**Tarjetas de visita  
desde 2 pesetas el ciento**



TALLERES DE  
La Voz de Guipúzcoa

Especialidad en tra-  
bajos comerciales.  
Impresiones de to-  
das clases á una ó va-  
rias tintas.

Tarjetas de visita  
desde dos pesetas el  
ciento.

**Tarjetas de visita**

Gran surtido en tarjetas de fan-  
tasia, comerciales y de visita

**FOLLETON DE «LA VOZ»**

3 de Abril

Esta obra es propiedad de la Casa Edito-  
rial Sopena, de Barcelona.

**EL COCHE NÚMERO 13**

POR

Javier de Montepin

Loreto comovido de la prodigalidad  
del príncipe de Francia, guardó los doce mil  
francos, sin hablar de ello a Símon, su  
antiguo criado.

Claudia no había abandonado la posada  
del Caballo Blanco, donde Jorge había  
ido también.

Símon que Ester, que había perdido la  
vista, se había ido a París, acompañado  
de la señora Amalia, que no sabían  
que el niño había sido confiado a los  
cuidados de un médico y que permanecía  
por algún tiempo en su casa.

Su presencia en Bruñoy no era ya pre-  
sencia, puesto que nadie tenía que aver-  
guar.

Jorge no hubiera querido abandonar  
el coche sin decir adiós antes al  
niño, salvado malogradamente la primera  
vez, pero Claudia Varsi hizo preverlo  
como siempre su opinión.

—El niño desapareció en cuanto sea  
oportunidad —dijo— y sin peligro para nos-  
otros. Confía en mí, Jorge, y guarda

de dudar del porvenir que te prometo.  
Tu hermano, que es de Francia,  
te dirá si es el único heredero de la  
fortuna de La Tour Vandien.

Una hora después abandonaban los dos  
complices, para no volver a ella jamás,  
la posada del "Caballo Blanco" y em-  
prendían el viaje a París.

Abandonaronlos por un momento y  
demos cuenta en este rápido resumen  
de los hechos de cuatro páginas de  
narraciones impresionantes, tres de las cuales  
no menos son conocidas de nuestros lectores.  
Nos referimos a Pablo Leroyer, sobrino  
del médico, de Anzola su mujer,  
y de sus dos hijos Abel y Berla. Abel iba  
a cumplir cinco años, Berla tres. Anzola,  
su madre, veintisiete.

Pablo Leroyer era mecánico, alumno  
de ingeniería, de saberes y oficios. Sus  
aprendizos, sus estímulos, sus instintos  
particularmente curiosos, le llevó a  
decidir de ser inventor, es decir, un hom-  
bre a quien espera la miseria y la des-  
esperación si no es comprendido, y que  
se realiza su empresa adquiriendo con ella  
la gloria y la fortuna.

Pero no pertenece a la clase de los  
inventores inventores.

En sus grandes talleres establecidos  
en el canal de San Martín, multitud  
de obreros, ingenieros, maestros de dirección y  
sus diáfanas máquinas maravillosamente  
dispositivas, pero cuyo mérito no era  
conocido por el público y, por consi-  
guiente, por los compradores.

De vez en cuando, algunos relámpagos  
de razón parecían iluminar la noche de su  
inteligencia, pero los médicos no daban  
al señor de La Tour Vandien más  
que una débil esperanza de curación.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

Claudia clienta de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

encantadora, sin dote, se vió cerca de  
Toulouse, sin embargo, esperaba, y no  
sin fundamento, porque acababa de robar  
un invento importantísimo, una  
máquina de primera orden, útil, indispen-  
sable a ciertas industrias diferentes que  
empleándola encontraría una economía  
notable.

Esta máquina debía ser ensayada ante  
el juez todo lo que se pudiera. Dónde  
se hallaba el sol de retroceso de algu-  
nos días? ¡Pero su sueldo?

Pablo Leroyer pensó en su hermano, que  
siempre había querido tener su propia  
fábrica y que en Bruñoy Varsi había  
una noche con cincuenta luces; el capital-  
ista prometía dinero; obsequiando una  
pequeña cantidad y obligó por último a  
Pablo Leroyer a cederle su invento por  
un pedazo de pan.

Dos años más tarde, es decir a principios  
del mes de Septiembre de 1887, Ester y la señora Amalia vivían en el  
amplio hotel de la calle de San Luis en  
el Madrid.

Ester seguía loca, Claudia conservaba  
siempre su admiración hermosa.

En la clientela de Pablo Leroyer se han  
limitado, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el precio de renta era  
superior a su precio de venta.

Todos los meses iba Segismundo de  
incógnito a Bruñoy con objeto de abra-  
zarse.

La clientela de Pablo Leroyer era tan  
limitada, que cuando salió de su casa  
una máquina, el